

Reseña de Bradley J. Longfield, *The Presbyterian Controversy: Fundamentalists, Modernists, & Moderates* (La controversia presbiteriana: Fundamentalistas, modernistas y moderados) (Nueva York: Oxford University Press, 1991) 333 páginas, bibliografía, índice)

Por Michael W. Kelley

Cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo los atacará, los dominará y los matará. Sus cuerpos yacerán en la calle de la gran ciudad. ..

A la bestia se le dio una boca para pronunciar palabras orgullosas y blasfemias y para ejercer su autoridad durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca para blasfemar de Dios, y para calumniar su nombre y su morada y a los que viven en el cielo. Se le dio poder para hacer la guerra contra los santos y conquistarlos.

– Apocalipsis 11: 7,8 y 13: 1-7

Ningún libro de las Escrituras es quizá tan importante para comprender la situación de la Iglesia en el mundo y en la historia, ya sea para bien o para mal, como el libro del Apocalipsis. Si no fuera por las feroces disputas que rodean la interpretación del contenido del libro, no parece posible que uno pueda dejar de entender, a partir de una lectura bastante casual, que la iglesia está, y siempre ha estado, en una lucha a vida o muerte de proporciones inimaginables. Especialmente significativa a este respecto es la verdad innegable de que la iglesia está llamada a vivir su vocación en el espacio y en el tiempo sobre la premisa inamovible de que el trono del cielo está ahora ocupado por su Señor resucitado y glorificado (véase el capítulo cuarto), y que le interesa en absoluto que su iglesia pase por la historia con una devoción completa e indudable a servir a su Señor y a trabajar por el avance de su agenda o reino en la tierra, precisamente porque él ocupa ahora el trono de la creación.

Esto es ciertamente cierto. El propósito del libro del Apocalipsis es confirmar a la iglesia que, efectivamente, Cristo ha ascendido a la sede de la autoridad y el poder totales y que lo que él posee ahora está a su disposición a medida que avanza en la historia y en todo el mundo. Ella debe avanzar sin mirar los asuntos desde el punto de vista de este mundo, sus dificultades y penurias, sino desde la perspectiva del trono que es la base de su vida y sus labores. Debe ver las cosas como Dios las ve, no como parecen o como podrían verse desde el punto de vista de sus propias experiencias. Si hace esto último, es probable que se desanime o, peor aún, que se engañe y se extravíe. Por lo tanto, es aún más importante que la iglesia comprenda que su lucha no es simplemente una elección propia o del Señor: debe ser consciente de que se está librando una guerra *contra* ella, que su enemigo está decidido, con todo lo que está en su poder, a destruirla. “Entonces el dragón se enfureció ante la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia: los que obedecen los mandamientos de Dios y se aferran al testimonio de Jesús”. (Apocalipsis 12: 17)

Una vez aclaradas estas cuestiones, es posible dar sentido a los dos pasajes que citamos al principio. Hablan de la derrota de la Iglesia y de la conquista por parte del gran adversario. Profetizan sobre la iglesia en la historia, pero también ofrecen una advertencia. Esta supuesta *conquista* de la iglesia no es una mera cuestión de rutina; se debe a la desobediencia y a la infidelidad al pacto. La iglesia está llamada a trabajar por el avance de los propósitos de Dios en la tierra. Ella puede ser derrotada sólo

cuando entrega su responsabilidad a esa tarea y hace las paces con la agenda del dragón. Esa agenda es definida por su Señor como la “bestia del abismo”. La bestia representa todas las civilizaciones y culturas humanistas del hombre en la historia, y el Abismo, de donde surge, es la morada de la Mentira. Así como el ejército de langostas-escorpiones que surge de sus profundidades sale a perpetrar toda falsa doctrina y herejía, todo estilo de vida vil e inmoral, junto con toda pretensión de bondad, justicia y orden, la iglesia debe comprender y proclamar que la múltiple “doctrina de los demonios” está de acuerdo con la obra de Satanás y que es su método principal para destruir la verdadera fe y subvertir la obra de la iglesia. Ella debe trabajar, entonces, para oponerse y confundir la Mentira.

Por supuesto, la Mentira no aparecerá tal como es, sino como una verdad y un gran bien para el hombre. La bestia no aparecerá en su verdadera naturaleza de bestia, sino como un maravilloso beneficio para el hombre, para toda su vida y esfuerzos. Las naciones adoran y veneran a la bestia porque en ella disciernen la justicia, el orden y la prosperidad. Es responsabilidad de la iglesia sacar a la luz lo que la bestia realmente es, tal como Dios la define, y pronunciar la ira y el juicio de Dios sobre ella. Mientras permanezca fiel a su vocación, “tendrá poder para cerrar el cielo de modo que no llueva durante el tiempo que [ella] esté profetizando... y [poder] para convertir las aguas en sangre y para herir la tierra con toda clase de plagas cuantas veces quieran”. (Apocalipsis 11 : 6) Estas acciones fueron llevadas a cabo en tiempos pasados por los siervos de Dios contra las civilizaciones poderosas y apóstatas, es decir, contra toda pretensión de los hombres humanistas con sus culturas que desobedecen y desafían a Dios. Tipifican lo que una iglesia fiel puede y logrará ahora de manera similar contra los intentos de los hombres impíos que desean destruir los propósitos del reino de Dios en la tierra.

Sin embargo, cuando leemos el siguiente versículo, Apocalipsis 11: 7, el que citamos, las cosas parecen inquietantes. En lugar de confundir y derrotar los propósitos apóstatas del reino de los hombres, ocurre justo lo contrario. El testimonio de la iglesia, su gran tarea de llamar a los poderes del cielo para derribar y derrotar la rebelión del hombre, es silenciado (“matado”) y no parece quedar nada de su naturaleza como agente de Dios, sino su apariencia externa (“cuerpos muertos”) que, habiendo quedado desprovista de vida, no es más que un cadáver. Por fuera, la iglesia sigue con su pretensión institucional de ser el pueblo del Señor entronizado, pero por dentro ya no posee lo que necesita para ser testigo de la vida: ni la Verdad ni el Espíritu. Cuando esto ocurre, ha renunciado¹ a su vocación de ser siervo de Dios y ha entablado amistad con la bestia. Las relaciones amistosas con un enemigo mortal, sin embargo, son una locura. La iglesia no se beneficia de esto. Por el contrario, ella misma es conquistada y queda como una mera institución sin vida ni poder.

Ahora, ¿por qué mencionamos estos importantes pensamientos del libro del Apocalipsis? Porque, como demuestra tan elocuentemente el excelente libro de Bradley Longfield, *The Presbyterian Controversy*,

1 Algunas traducciones dicen: “cuando hayan terminado su testimonio”, sugiriendo así que lo que se quiere decir es que “cuando la tarea esté terminada o cumplida”. Pero el significado es muy distinto: debería decir: “cuando hayan cesado o se hayan rendido o abandonado su responsabilidad de dar testimonio en nombre de Dios y de su reino”. Esto último significa un testimonio total del pacto sobre el pecado del hombre y el juicio de Dios sobre cada aspecto de su vida que muestra su desobediencia consciente a Dios y a su palabra soberana. El testimonio de la iglesia nunca es para la iglesia, es para Dios en la plenitud de su programa para el hombre. Incluye un propósito civilizacional y cultural completo, y dondequiera que el hombre se resista a poner toda su cultura y civilización bajo la autoridad de Dios, allí la iglesia debe presionar vigorosamente su reclamo. Pero si la iglesia misma decide que, por cualquier razón, ya no puede servir al propósito de Dios como instrumento de su reino según su palabra de acuerdo con su palabra, no será ignorada, sino que sino que se someterá a su juicio, que, como como se ha indicado, significa el abandono al mundo en su civilización y cultura humanismo (la bestia). Lo único que le queda a cualquier iglesia que apostate es su forma externa forma externa que, a todos los efectos, no es más que un cadáver sin vida. cadáver sin vida.

(La controversia presbiteriana) la iglesia descuida o ignora la advertencia de su Señor a su propio riesgo. Tal vez no sea su intención, pero ciertamente no hace falta mucha reflexión para ver que la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) en este país, que había ofrecido desde el principio de la historia de la nación un fuerte testimonio calvinista y reformado, renunció a su responsabilidad con la verdad de la palabra de Dios y en su lugar sustituyó la palabra del hombre. En otras palabras, se dejó seducir y subvertir por la Mentira del Abismo. El resultado es demasiado claro, ya que, como Longfield señala en su Introducción, las llamadas iglesias de línea principal, de las cuales la Iglesia Presbiteriana fue en un tiempo una de las más prominentes, ha sufrido una pérdida catastrófica de miembros. Sin embargo, mucho peor ha sido la aceptación y la vigorosa promoción por parte de esta Iglesia de toda herejía popular entre los hombres humanistas modernos, ya sea el aborto a petición o los estilos de vida o el socialismo, etc. De hecho, la Iglesia Presbiteriana se ha contaminado tanto con los ideales mundanos de la bestia que no se exagera al decir que ya no es una iglesia de Jesucristo en ningún sentido verdadero. Ella es, en cambio, nada más que una “sinagoga de Satanás” (otra importante descripción en el Apocalipsis). Uno puede ver que ella continúa como una institución, pero en lo que respecta a las Escrituras no es más que un cadáver que se pudre en la calle.

Por supuesto, el propósito de Longfield no es describirnos el fango en el que ha caído la Iglesia Presbiteriana en los últimos años. Más bien, su intención, como historiador, es relatarnos el momento del pasado reciente de esta Iglesia (1922-1936) en el que se libró una gran lucha que determinaría qué fe tomaría el control del alma de esta denominación: la venerable fe de sus antepasados calvinistas y reformados, o la fe del hombre moderno e ilustrado con su nueva e infalible *ciencia* que ya no le permitiría creer en cosas como el nacimiento virginal, la divinidad de Cristo, los milagros en las Escrituras, la resurrección de los muertos, así como toda una serie de otras supersticiones anticuadas y crédulas. En cuanto a lo que esta Iglesia *llegaría* a creer eventualmente, bueno, en este período sólo quería que quedara claro en qué *no* podía creer, y al mismo tiempo quería que todo el mundo creyera que seguía siendo una iglesia *cristiana*. Sin embargo, todo esto no se produjo sin una larga e intensa batalla entre los que querían preservar la doctrina histórica cristiana y reformada y los que querían dejarla de lado por un Evangelio más acorde, según ellos, con el hombre moderno y sus necesidades.

La mayoría de los lectores saben, por supuesto, qué fe triunfó en la Iglesia Presbiteriana. Fue la fe del “modernismo”, del humanismo ilustrado, la que ganó la “controversia” y marcó el rumbo de las décadas siguientes. Este episodio ha sido bien relatado en numerosos libros y artículos, y cualquiera que haya tomado un curso de historia de la iglesia moderna en el seminario lo conoce bien, o debería. Pero lo que resulta interesante en el relato de Longfield es la claridad con la que defiende que, en lugar de ser los “modernistas” los que simplemente condujeron a la Iglesia en esta nueva dirección, fueron más bien los llamados “moderados”, los que profesaban la adhesión a la doctrina tradicional, los principales responsables por su compromiso con la nueva religión humanista y su disposición a tolerarla en su seno, los que más hicieron por vender la fe histórica de la Iglesia y permitieron que el *Evangelio* del liberalismo se hiciera con el control. Lo hicieron, como cualquiera puede discernir en sus páginas, porque deseaban preservar la Iglesia como institución más que luchar por defender el honor y la verdad de la palabra de Dios. En lo que a ellos respecta, el Evangelio del liberalismo era algo que estaban dispuestos a acomodar si eso significaba evitar una ruptura en la Iglesia. Por otro lado, los “fundamentalistas” eran vistos como perturbadores de la paz y la prosperidad de la Iglesia, y los moderados preferían apartarlos de la influencia, si no de la membresía, si era la única manera de salvar la institución. En otras palabras, la “rendición” era su programa. Los resultados están a la vista.

Lo que hace que el libro de Longfield sea tan interesante es que presenta a los protagonistas de la controversia de una forma mucho más completa de lo que se suele hacer en las obras sobre este tema. En cada capítulo se analiza con bastante detalle la educación y los antecedentes culturales, así como los teológicos, que sin duda contribuyeron a conformar el pensamiento de quienes fueron las principales voces de las tres posturas descritas en el subtítulo. Esto permite al lector ver las diferencias con mayor claridad y comprender mejor por qué la Iglesia Presbiteriana no fue bien atendida por quienes pretendían ser sus principales portavoces.

Suele pensarse que la controversia era simplemente una entre J. Gresham Machen, la voz de la ortodoxia, y Henry Sloane Coffin, el portavoz del liberalismo. En realidad, las cuestiones eran más complejas, como atestigua la inclusión de hombres como Clarence Macartney, William Jennings Bryan, Charles Erdman y Robert Speer. Estos últimos, aunque algunos parecían representar las preocupaciones de la ortodoxia como otros las de la moderación, eran claramente incapaces, por la razón que fuera, de ver la clara elección que existía entre la ortodoxia bíblica de Machen o el nuevo humanismo de Coffin. Macartney y Jennings parecían estar más cerca de Machen en algunos puntos, pero de hecho no querían o no podían ver que la fe bíblica por la que él luchaba requería un compromiso doctrinal total y no podía comprometerse en ningún punto aunque significara la muerte de la Iglesia. No quisieron ir tan lejos. Erdman y Speer, por otro lado, aunque protestaban por su acuerdo con Machen en todos los puntos de la doctrina, de hecho no eran más que evangélicos que despreciaban la doctrina y proclamaban un simple mensaje de “amor a Jesús” que, imaginaban, los liberales también sostenían. Amaban más el prestigio de la institución y preferían salvarla que el sistema de verdades transmitido por sus antepasados reformados y calvinistas. Su teología estaba, en este sentido, más cerca del liberalismo, con el que hacían causa común, que de la ortodoxia.

Lo que demuestra la importancia de este libro es el hecho de que retrata, con una prosa legible, no sólo lo que le ocurrió a una Iglesia cristiana histórica como un acontecimiento de interés meramente académico, sino lo que de hecho ha estado ocurriendo en las iglesias cristianas, incluidas las presbiterianas y reformadas, durante el último siglo y sigue ocurriendo hoy. Es que la falta de un compromiso serio con la sana doctrina está allanando el camino a la apostasía porque las fuerzas de la sensiblera moderación evangélica muestran una gran disposición a transigir con las fuerzas del humanismo que emanan de la bestia y que la iglesia como institución en la estimación de la mayoría de los eclesiásticos tiene prioridad sobre la verdad de la doctrina y la integridad de la palabra del pacto de Dios. Lo que le sucedió a la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos no es más que un ejemplo de lo que sigue ocurriendo en muchas iglesias hoy en día. Los eclesiásticos reformados necesitan reexaminar la controversia de ese período anterior para reconsiderar la relevancia de los temas en nuestros días. El libro de Longfield es un evento meramente de interés académico, pero es un buen punto de partida.